

Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,  
y el banquete de *La Nación*, que fué estupendo,  
y mis viejas siringas con su pánico estruendo,  
y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,  
y el milagro de gracia que brota en la mujer  
argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,  
me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.  
Y me volví a París. Me volví al enemigo  
terrible, centro de la neurosis, ombligo  
de la locura, foco de todo *surmenage*,  
donde hago buenamente mi papel de *sauvage*  
encerrado en mi celda de la rue Marivaux,  
confiando sólo en mí y resguardando el yo.  
¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera  
lo que llaman los parisienses una *pera*!  
A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,  
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,  
y las ingratitudes. Mi maldita visión  
sentimental del mundo me aprieta el corazón,  
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.  
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.  
Por eso los astutos, los listos, dicen que  
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!  
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.  
Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!  
Sí, lo confieso, soy inútil. No trabajo  
por arrancar a otro su pitanza; no bajo  
a hacer la vida sórdida de ciertos previsores.  
Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.  
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero  
quitarle de la boca su pan al compañero.  
Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.  
Gusto de gentes de maneras elegantes  
y de finas palabras y de nobles ideas.  
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feos  
trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos,  
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.  
Si el sportman es Petronio con él mis gustos son;  
porque si no, prefiero a Verlaine o a Villón.  
No conozco el valor del oro... ¿Saben esos  
que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,  
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,  
del pensamiento en obra y de la idea en cinta?  
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?  
¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?

## IV

Tal continué en París lo empezado en Anvers.  
Hoy, heme aquí en Mallorca, *la terra del foners*,  
como dice Mossen Cinto, el gran Catalán.  
Y desde aquí, señora, mis versos a ti van,  
olorosos a sal marina y a azahares,  
al suave aliento de las Islas Baleares.  
Hay un mar tan azul como el Partenopeo.  
Y el azul celestial, vasto como un deseo,  
su techo cristalino bruñe con el sol de oro.  
Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.  
Barcas de pescadores sobre la mar tranquila  
descubro desde la terraza de mi *villa*,  
que se alza entre las flores de su jardín fragante  
con un monte detrás y con la mar delante.  
Veo el vuelo gracioso de las velas de lona,  
y los barcos que vienen de Argel y Barcelona.  
Tengo arbolitos verdes llenos de mandarinas;  
tengo varios conejos y unas cuantas gallinas.  
Y, conforme el poeta, tengo un Cristo y un Máuser.  
Así vive este hermano triste de Gaspard Hauser.

## V

A veces me dirijo al mercado, que está  
en la Plaza Mayor. (Qué Coppée, ¿no es verdad?)  
Me rozo con un núcleo cespido de muchedumbre  
que viene por la carne, la fruta y la legumbre.  
Las mallorquinas usan una modesta falda,  
pañuelo en la cabeza y la trenza a la espalda.  
Esto las que yo he visto, al pasar, por supuesto.  
Y las que no la lleven no se enojen por esto.  
He visto unas payesas con sus negros corpiños,  
con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;  
y un velo que les cae por la espalda y el cuello  
dejando al aire libre lo oscuro del cabello.  
Sobre la falda clara un delantal vistoso.  
Y saludan con un *bon di tengui* gracioso  
entre los cestos llenos de patatas y coles,  
pimientos de corales, tomates de arreboles,

sonrosadas cebollas, melones y sandías,  
que hablan de las Arabias y las Andalucías;  
calabazas y nabos para ofrecer asuntos  
a madame Noailles y a Francis Jammes juntos.

A veces me detengo en la plaza de abastos,  
como si respirase soplos de vientos vastos,  
como si me entrase con el respiro el mundo.  
Estoy ante la casa en que nació Raimundo  
Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta  
las cosas que le dijo la Rosa a la Pimienta...  
¡Oh, cómo yo diría el sublime destierro  
y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!  
¡Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro  
la vida, el alma, el numen, del mallorquín de oro!  
De los hondos espíritus es de mis preferidos.  
Sus robles filosóficos están llenos de nidos  
de ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante.  
¡Cuántas veces pensara su verbo de diamante  
delante la Sorbona vieja del París sabio!

¡Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio  
en una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces  
le oí hablar a los árabes, cual Antonio a los peces,  
en un imaginar de pretéritas cosas  
que por ser tan antiguas se sienten tan hermosas!

Excúsame, si quieres, oh Juana de Lugones,  
estas filosofías llenas de digresiones.  
Mas mi pasión por Ramón Lull es pasión vieja,  
perfumada de siglos de verso y de conseja.  
Núñez de Arce hizo un bello poema. Núñez de Arce,  
blancos pétalos sueltos del azahar esparce;  
mas Ramón Lull es un limonero de Hesperia  
injerto en el gran roble del corazón de Iberia,  
que necesita el Hércules fuerte que lo sacuda,  
para sembrar de estrellas nuestra tierra desnuda.

## VI

Hice una pausa.  
El tiempo se ha puesto malo. El mar  
a la furia del aire no cesa de bramar.  
El temporal no deja que entren los vapores. Y  
un *yacht* de lujo busca refugio en Porto-Pi.  
Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca.  
Vista linda; aguas bellas; luz dulce y tierra fresca.

¡Ah señora, si fuese posible a algunos el  
dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,  
para poder venir a hacer su vida entera  
en esta luminosa y espléndida ribera!

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco  
que las pomas de Ceres y las uvas de Baco  
cultiva, en un retiro archiducal y egregio.  
Hospeda como un monje—y el hospedaje es regio—.  
Sobre las rocas se alza la mansión señorial  
y la isla le brinda ambiente imperial.

Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida  
que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida.  
Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto  
que aprovecha a la orilla del mar ese secreto.  
La isla es florida y llena de encanto en todas partes.  
Hay un aire propicio para todas las artes.  
En Pollenza ha pintado Santiago Rusiñol  
cosas de flor de luz y de seda de sol.  
Y hay villa de retiro espiritual famosa:  
la literata Sand escribió en Valldemosa  
un libro. Ignoro si vino aquí con Musset,  
y si la vampiresa sufrió o gozó, no sé. (1)

¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas  
costas antes que las prematuras canas  
de alma y cabeza hicieran de mí la mescolanza  
formada de tristeza, de vida y esperanza?  
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!  
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,  
al sentir como en un caracol en mi cráneo  
el divino y eterno rumor mediterráneo!  
Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día  
después que le dejaron loco de melodía  
las sirenas rosadas que atrajeron su barca.

(1) He leído ya el libro que hizo Aurora Dupin.  
Fué Chopin el amante aquí. ¡Pobre Chopin!...